

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

JUAN EL TORNERO.

4 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle de Carretas* 9.

Imp. de C. Gonzalez.—S. Anton, 26.
1859.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

JUAN EL TORNERO,

COMEDIA EN UN ACTO, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

Estrenada en el beneficio de la primera actriz doña Josefa Palma de Romea, en el teatro del Príncipe, la noche del 1.º de Junio de 1859.



N.º 332.

MADRID 1859.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.

Al distinguido publicista,

EL SR. DON VICENTE BARRANTES,

DIPUTADO A CORTES.

En prueba de la sincera amistad que le profesa

EL AUTOR.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUAN.	D. Fernando Ossorio.
ENRIQUE.	D. José Olona.
EMILIA.	Doña Francisca Tutor.

La escena en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Sala pobre. Puerta al fondo y ventana: dos laterales. Un armario. Mesa con platos y vasos; sillas y lienzos preparados para pintar, colgados en distintos puntos de las paredes.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, *con una cesta en la mano.*

EMILIA. Gracias á Dios!.... ya traigo mis provisiones.... es decir, con el dinero del señor Juan, mi bienhechor. Aun no está él aqui. ¡Qué bueno es! ¡Y cuánto tengo que agradecerle!.... pero no perdamos tiempo. Voy á disponerle el desayuno.

JUAN. (*Dentro, cantando.*)
Para vivir alegre,
sano y rollizo,
comer buenas chuletas,
beber buen vino.

EMILIA. ¡Ah! él llega.

ESCENA II.

EMILIA.—JUAN, *con algunos trozos de madera, que deja junto al armario.*

EMILIA. ¡Viva la alegría!
JUAN. Ah! buenos dias, Milia.... buenos dias.....
EMILIA. Muy buen humor tiene V. hoy.
JUAN. Es que vengo de entregar la obra acabada y

traigo nueva tarea para ocho dias; y yo, Milia, cuando no me falta trabajo, siempre estoy así.... contento, contentísimo como un borracho.

EMILIA. Y sin embargo, V. jamás prueba el vino.

JUAN. Ciertamente: le tengo.... así como tírria y mala voluntad; y sabes por qué? Porque siempre me acuerdo de mi maestro, que le gustaba mucho empinar el codo, y cuando estaba así se ponia desconocido..... maltrataba á los oficiales..... y lo que es peor, pegaba á su mujer..... pobrecilla! que era una santa! la mató á pesadumbres.

EMILIA. Qué vicio tan horrible!....

JUAN. No permita Dios que yo.... (*Variando de tono y con alegría.*) ¿Tú vienes de la plaza?

EMILIA. Sí, y le traigo á V. un solomillo que.... ya, ya!

JUAN. ¡Solomillo!... ¡muchacha! Tú despilfarras!...

EMILIA. ¡Bah! no tenga usted cuidado, que no por eso gasto más de lo que hay. Voy á preparar el almuerzo. (*Váse.*)

ESCENA III.

JUAN, *contemplando largo rato la puerta por donde ha desaparecido Emilia.*

JUAN. ¡Ay!!!.... esa muchacha va á concluir por trastornarme el juicio. (*Poniéndose el mandil del trabajo.*) No hay remedio.... yo tengo aquí.... aquí!... (*Se golpea en el pecho.*) en el corazon, algo que me escarabajea; y me muerde y acabará por destrozarme. Y ella no lo sabe.... ¡Oh! fuera miedo, Juan; alguna vez ha de ser.... Ahora mismo. Ya tengo resolucion. Voy á decirle: Milia, el tornero tambien tiene alma, y te quiere, y.... sí, aunque se oponga el demonio, la he de decir mi pasion. (*Va á salir con rapidez y resolucion, y al aparecer Emilia, queda inmóvil y atemorizado.*)

ESCENA IV.

JUAN.—EMILIA.

EMILIA. El solomillo ya está al fuego.

JUAN. (*Vacilando.*) ¿Sí? pues.... yo... (*Aparte.*) ¡Vamos! Juan, atrévete!) (*Alto.*) Digo que no es el solomillo.... (*Aparte.*) ¡Valor! (*Alto.*) lo que á mí me gusta más.... (*Aparte.*) Bruto, rompe de una vez. (*Alto.*) Y por eso.... quisiera.... quisiera decirte....

EMILIA. Acabe usted: ¿qué?

JUAN. (*Con fuego y cambiando de tono rápidamente.*) ¡Qué!... ¿Que si tenemos patatas guisadas?

EMILIA. Mucho que sí.

JUAN. (*Aparte.*) Qué pedazo de animal tan grande soy. (*Alto.*) Pues estoy recordando que á Enrique no le gustan las patatas.

EMILIA. (*Con interés.*) ¿Almuerza con nosotros?

JUAN. Sí; porque ha ido á la esposicion, á llevar su cuadro.... y á la vuelta.... ¿Te desazona eso?

EMILIA. (*Con embarazo.*) Nó!... de ningun modo!...

JUAN. No te creo; tú tienes alguna cosa contra Enrique; cuando está aquí ó se habla de él, pones una cara tan triste.... tú le aborreces.

EMILIA. Nó; le juro á usted que.... al contrario; basta que sea amigo de usted.... para que yo que tanto debo á usted....

JUAN. Sí, buena deuda está: tomarte por mí el trabajo de comprar, guisar, limpiar, remendar la ropa y pegar botones.

EMILIA. Bah! Esas pequeñeces no me cuestan nada: y además, todo lo que hiciera, seria poco en reconocimiento de los beneficios que usted hizo á mi pobre madre.

JUAN. Vamos, vamos, no hablemos de eso!...

EMILIA. Para pagar médicos y botica, durante la larga enfermedad que me la ha arrebatado, ha agotado usted todos sus ahorros.....

JUAN. Bah! repito que no hablemos de eso. Todavía me queda alguna cosa; además, que, como dice

el adagio: el dinero se ha hecho redondo, para que ruede.

EMILIA. ¡Ah! qué bueno es usted! no podré nunca olvidar que al morir mi desgraciada madre, le prometió usted velar por mí, y que lo ha cumplido como si fuera mi padre.

JUAN. Tienes razon: pero el provecho ha sido para mi. ¡Vaya! ¿te parece que no me pongo yo más orgulloso que un pavo, cuando los domingos te llevo á la Fuente Castellana, vestida de limpio, y oigo decir, ¡qué bonita es Milia, la hija de Juan el Tornero!

EMILIA. (*Sonriéndose.*) ¿La hija de Juan?....

JUAN. Es decir, hija adoptiva.... Y esto lisonjea mi amor propio: porque llevarte al lado tan limpia, tan bien emperegilada, tan jóven.... y saber que eres tan hacendosa.... es cosa que me hace perder el juicio.

EMILIA. No diga usted esas cosas, que me avergüenzo.

JUAN. ¡Vaya! ¿Y por qué, tontuela, si es la verdad? Si yo fuera como esa manada de mozalvetes que te siguen cuando salimos, y que buscan un descuido mio, para decirte.... mentiras, porque ninguno te habla con el corazon en la mano, como yo.... y todo se vuelve saludos y.... pero ya me conocen: nó, no se acercan á tí, porque mis puños son bien conocidos en todo el barrio.

EMILIA. Y sin embargo, no los temen.

JUAN. ¿Cómo?

EMILIA. Sí, porque el estudiante de la bohardilla me requiebra que es un primor.

JUAN. (*Remangándose las mangas.*) ¡El estudiante de la bohardilla! voy á partirle en dos cascos la cabeza.

EMILIA. (*Deteniéndole.*) Esté usted quieto! No es mala tonteria.... Deje usted á ese mentecato.

JUAN. Tú me lo mandas y obedezco. (*Aparte.*) Otro dia será.

EMILIA. ¡Jesus! pues no es usted poco furioso! Ay! si fuera usted casado, tendria lástima á su mujer.

JUAN. Harias mal, Milia.... porque yo seria para mi mujer un cordero.... y ahora que hablas de

eso, ¿sabes que desearia consultarte sobre ese asunto?

EMILIA. Sí? Pues ya le escucho á usted.

JUAN. (*Aparte.*) Ahora sí que la suelto: se trata de.... (*Aparte.*) Valor. (*Alto.*) Me precisa decirte.... Yo no sé si habrás notado, como yo, que el matrimonio es una cosa generalmente adoptada.... y que hasta los animales más feroces.... buscan una compañera.

EMILIA. Adelante.

JUAN. Sí, voy á.... pues como iba diciendo.... Se vé á los tigres, á los leones, á los osos, convertirse en buenos padres de familia y criar á sus hijos.... Los palomos son los mejores maridos del mundo; y ya ves las parejas de jilgueros, que tenemos nosotros, qué contentos viven.

EMILIA. Es decir, que usted quiere casarse.

JUAN. ¡Justo! pero para casarme no encuentro otro medio, sino el de seguir la costumbre general. Para hacer un guisado de liebre, lo primero es tener una liebre.

EMILIA. Pues para casarse, busque usted una mujer.

JUAN. Eso es lo difícil; encontrar la liebre, es decir.... la mujer.... De suerte, que me he resignado á esperar, hasta que alguna muchacha se prende de mí y venga á pedirme la mano.

EMILIA. Esa no es la costumbre.

JUAN. ¿De veras?... Segun eso, será preciso que yo mismo sea quien.... ¿Y díme, Milia, no podrias tú encontrarme una?

EMILIA. Yo? Cómo quiere usted que.... entre mis conocidas, no veo quien....

JUAN. (*Aparte.*) ¡Ah! no me ha comprendido. ¡Soy tan estúpido!

ESCENA V.

Dichos y ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Dentro.*) Buena noticia, Juan, buena noticia.

JUAN. Ah! ahí está Enrique.

EMILIA. (*Aparte con turbacion.*) ¡Enrique!

JUAN. (*Aparte.*) No puedo seguir hablando con ella.

ENRIQUE. ¡Buena noticia! mi cuadro ha sido recibido en la esposicion.

JUAN. ¿De veras? ¡Oh! por fin hemos conseguido plantarnos allí. Me alegro! ello sí, nos ha costado trabajo.... mucho trabajo.... pero.... ¡ven! y dáme un abrazo.

ENRIQUE. ¡Amigo querido! (*Se abrazan.*)

JUAN. ¿Y nos lo han colocado bien?

ENRIQUE. Nó: recibe mal la luz. Está entre dos ventanas.... y he reclamado en vano; el jurado de admision es inexorable.

JUAN. ¡Qué mala suerte! un cuadro en que no falta nada. Hecho en conciencia.... cargado de carmin, que es el color más caro! Aunque se me figura que has hecho mal en no concluir el tarro.... ha sobrado mucho: si se lo hubieras untado todo, de seguro asombra á los jueces. Pero tú, por economizar....

ENRIQUE. (*Sonriéndose.*) Tengo la conviccion que no por eso me hubieran tratado con más consideraciones.

JUAN. Bien puede ser.... ¿Habré dicho quizás un disparate?.... ¡no importa! (*A Enrique.*) Ven, quiero darte otro abrazo, (*Se abrazan de nuevo.*) y tambien á Milia, es preciso que la abraces. (*Lo empuja hácia Emilia.*) Vamos.

ENRIQUE. ¿Yo?

JUAN. Tú. ¿Vas á ponerte colorado por eso?

EMILIA. (*Turbada.*) Me parece que es tiempo de pensar en el almuerzo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

JUAN.—ENRIQUE.

JUAN. Es cosa rara. En cuanto llega el uno, se vá la otra. Siempre lo mismo.... ¡Oh! estos chicos, tan despegados, me causan pena. (*Alto.*) Qué tienes tú contra Milia?

ENRIQUE. ¿Yo? nada; qué he de tener?

JUAN. No: tú no eres franco. La aborreces.... cuando estais juntos, no sois los mismos; os mirais como perros y gatos; y esto me causa un pesar tan

grande.... Al fin vivimos todos juntos: yo y tú, tú y yo, nosotros y ella, y.....

ENRIQUE. Yo no tengo ninguna aversion hácia Emilia, mi querido Juan.... usted se forja quimeras; esperimento, quizás, un poco de timidez delante de ella.... lo confieso.....

JUAN. ¿Tú timidez? ¡un artista! un pintor célebre! porque ahora vas á serlo con la esposicion.....

ENRIQUE. Sí, ahora lo ha dicho usted; con la esposicion de salir mal. (*Se sienta.*)

JUAN. ¡Vamos! has vuelto á caer en la tristeza. ¿De qué sirve affligirse de esa manera?.... Eres desgraciado? te falta alguna cosa? ó será que no vivas con la comodidad que deseas?

ENRIQUE. Esa es justamente la causa de mis penas; porque yo no hago nada para contribuir á esa comodidad que usted nos procura; usted solo, con su trabajo, con su bondad: yo no me ocupo más que de pintar cuadros que nada me producen.

JUAN. ¡Caramba! Qué importa? Mientras puedan moverse estos brazos.....

ENRIQUE. Sí, pero estoy cansado de luchar contra la suerte y de ser una carga para.....

JUAN. ¿Una carga? para mí? Bah, bah, bah.

ENRIQUE. (*Levantándose.*) ¡Ojalá me hubiesen dado, como á usted, un oficio modesto que sustenta, en vez de un arte que embriaga de orgullo y mata de hambre!... Sin los beneficios de usted, Juan, hace mucho tiempo que le faltaría este amigo!

JUAN. ¿Sin mis beneficios? ¿qué quiere decir eso de beneficios?... Yo tengo, te doy; si tú tuvieras, me darias.... quedamos iguales. Además ¿no estamos asociados?

ENRIQUE. ¡Bella sociedad, en que el uno gasta todo lo que el otro gana!

JUAN. ¡Y bien! esa es la moda; ¿qué es lo que tienes que replicar? Nosotros hemos hecho un pacto; es preciso mantenerlo.... (*Levantándose.*) Cuando mi anciano tio se fué al cielo, nos dejó á los dos por herederos de sus cuartejos: yo era yá todo un hombre; tú eras todavia un rapaz... tenias necesidad de que velasen por tu educacicn,

y yo me ofrecí á dirijirla.... En cuanto á la herencia, la hemos gastado en comun....

ENRIQUE. Y pronto le vimos el fin!...

JUAN. ¿Qué importa? Fué un convenio: yo que soy un ignorante, que no he podido aprender nunca otra cosa que el manejo de las herramientas, seguí el oficio á que me destinaron mis padres.

ENRIQUE. Que no hubieran hecho lo mismo conmigo!

JUAN. Y tú, que habias heredado todo el talento y los conocimientos de tu familia, seguiste aprendiendo el arte de la pintura, para llegar á ser un grande hombre, que es á lo que te ha destinado la naturaleza.

ENRIQUE. Dios le oiga á usted.

JUAN. Cada uno ganará lo que pueda y se gastará entre los dos.

ENRIQUE. Sí, pero usted solo pone el dinero!....

JUAN. Y tú, pones la gloria!... que dividiremos igualmente.

ENRIQUE. (*Con amargura.*) ¡La gloria! Buena gloria!

JUAN. ¿Te parece poca la de estar situado en el salon, entre dos ventanas?

ENRIQUE. ¡Ah! dice usted bien: entre dos ventanas, es decir, en la oscuridad.

JUAN. ¿Y eso no te agrada? Pues á mí sí; porque de esta manera, nunca nos separaremos, que es de lo que yo trato. Porque has de saber que tengo ciertas ideas....

ENRIQUE. ¿Ideas?

JUAN. Sí; de arreglo doméstico. (*Vá á escuchar á la puerta de la izquierda.*)

ENRIQUE. (*Aparte.*) Dios mio! ¿será por ventura?...

JUAN. Enrique, quisiera hacerte una pregunta.

ENRIQUE. Hable usted.

JUAN. ¿Has sentido alguna vez amor?

ENRIQUE. (*Turbado.*) ¿Amor?... Nó.

JUAN. Pues bien! ni yo tampoco... pero creo esperimentar ahora todos los síntomas de él. He perdido totalmente el sueño y el apetito; no hago más que tres comidas por dia, y no duermo ya sino siete ú ocho horas, lo más.... Esto es un síntoma.

ENRIQUE. En efecto!...

JUAN. Además, no ronco ya absolutamente; y ántes, no hubiera oido un gallo que cantase á mi lado, mientras ahora el sueño es tan ligero, que una mosca me despierta. Este es otro síntoma!

ENRIQUE. Cierto.

JUAN. *(Con calor.)* Finalmente, cuando estoy junto á á la que me causa tal pesadumbre, siento que mis piernas se oscurecen, y mis ojos tiemblan; digo, nó: que mis ojos tiemblan y mis piernas se oscurecen.

ENRIQUE. Que es lo mismo.

JUAN. No sé lo que digo, pero tú me comprenderás.

ENRIQUE. Sí. ¿Pero quién es la que así le ha trastornado á usted?

JUAN. ¡Es una muchacha! una muchacha! una muchacha!

ENRIQUE. (*Interrumpiéndole.*) Pero su nombre? su nombre?...

JUAN. No lo has adivinado?... Milia....

ENRIQUE. ¡Emilia!!!

JUAN. Sí, ¿pero qué te pasa?

ENRIQUE. (*Ocultando su turbacion.*) ¿A mí? nada.... Es el placer que me causa esa confianza que me hace usted.... porque es verdaderamente amor lo que usted esperimenta....

JUAN. ¡Cabal! ¡cabal! yo hubiera apostado cualquier cosa á que era amor. Pues bien, Enrique, es preciso que tú le hables de este amor con un lenguaje que ella lo entienda.

ENRIQUE. Yo!!...

JUAN. Tú, sí, que sabrás esplicarte; porque yo lo he intentado mil veces, y se me ha pegado la lengua al paladar. Me enredo, y le hablo de liebres, y jilgueros, y de todo, menos de lo que me propongo.

ENRIQUE. Si usted lo exije....

JUAN. Díle que pongo mis manos á sus piés, y 3500 reales que tengo en el Monte de Piedad. Además, tres octavos de billetes de la lotería próxima. Todo esto será enfadoso, pero es necesario para ser feliz. ¿Cumplirás mi encargo?

ENRIQUE. Lo cumpliré.

JUAN. ¡Oh! tú me harás dichoso, y yo te lo agradece-

ré. Ella debe salir pronto; te dejo á solas. (*Váse.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Ah! gracias á Dios que se fué! Me costaba trabajo ocultarle mi turbacion.... La que yo amo en secreto, aquella por quien yo daria mi vida, es el objeto de su pasion! ¡Oh! y el rival es mi amigo, mi bienhechor; un hermano, para el cual no puede tener mi corazon, ni ódio ni rencor.... ¿Qué haré?... Burlar su confianza? Tratar de turbar su felicidad? No! que la ame y sea correspondido, á costa de mi eterno sufrimiento. Amistad santa, no te haré traicion.

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—EMILIA.

EMILIA. El almuerzo está preparado. (*Viendo á Enrique.*) ¡El!

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Ella!...

EMILIA. Ha salido el señor Juan?

ENRIQUE. (*Balbuceando.*) Sí.... sí.... y yo aprovecharé la ocasion que se presenta de hallar á usted sola... ocasion, bastante rara por cierto.... para pedirle un momento de audiencia.

EMILIA. (*Turbada.*) A mí?... (*Aparte.*) Qué querrá decirme?... (*Alto.*) Puede usted hablar.

ENRIQUE. (*Con calor.*) Al ver á usted cada dia más linda, al admirar á cada momento sus gracias, su talento.... ¿no es perdonable que un corazon tierno se haya prendado de usted con el más sincero amor?

EMILIA. (*Turbada, aparte.*) Qué oigo.... (*Alto.*) No le entiendo á usted....

ENRIQUE. (*Turbado.*) Hace mucho tiempo que hubiera usted sabido este cariño... pero el temor de desagradarla, ha hecho callar al corazon que usted

ha conmovido... y ha preferido sufrir en silencio.

EMILIA. (*Muy conmovida, aparte.*) Todos mis sueños realizados!...

ENRIQUE. ¿Calla usted, Emilia?.. La he ofendido, tal vez!

EMILIA. (*Con embarazo.*) Confieso que estaba léjos de esperar....

ENRIQUE. Sea usted piadosa.

EMILIA. (*Con embarazo.*) Ni rechazo, ni acepto ese amor... pero al ménos, es necesario que yo conozca la persona á quien confiaria mi destino....

ENRIQUE. (*Volviéndose de repente de su exaltacion.*) Qué! no se lo he dicho á usted? (*Aparte.*) Ah! desgraciado... olvidaba mi amigo... mi promesa!...

EMILIA. Y bien?

ENRIQUE. Efectivamente, he olvidado nombrar á usted la persona... ¿Pero, quién osaria pretender su corazon de usted... sino aquel á quien le liga una gran amistad... su bienhechor... y el mio....

EMILIA. Cómo!... es?...

ENRIQUE. Es Juan.... nuestro amigo.

EMILIA. (*Aparte, con dolor.*) Ah!

ENRIQUE. El me ha encargado, que diga á usted el amor que la profesa.

EMILIA. Me sorprende que haya usted tomado con tanto calor este asunto.

ENRIQUE. Era mi deber, para cumplir con un amigo.... (*Aparte.*) Valor!... Valor!...

EMILIA. (*Muy agitada.*) Puede usted estar satisfecho, y dígale usted que acepto... con reconocimiento... con alegría... y que me hace feliz.

ENRIQUE. (*Aparte, con dolor.*) Oh! ella le amaba!

ESCENA IX.

Dichos.—JUAN.

JUAN. (*Aparte.*) El estudiante tiene lo que ha menester. (*Viendo á Enrique y á Emilia, alto.*) Ah! perdonen ustedes: ¿habré venido á interrumpir su conversacion?

ENRIQUE. Nó, porque ya ha terminado, Juan. He dado

parte á Emilia de los sentimientos que por ella le animan á usted... y...

EMILIA. ¡Lo sé todo!

JUAN. (*Con inquietud.*) ¿Y qué?...

EMILIA. (*Con viveza.*) ¡Acepto!

JUAN. (*Arrebatado.*) ¡Cómo!!

ENRIQUE. (*Con despecho oculto.*) Sí, con alegria....

JUAN. Ah!

EMILIA. (*Con interés.*) Con reconocimiento.

JUAN. Oh!...

ENRIQUE. Y llena de felicidad....

JUAN. Ay!

ENRIQUE. Emilia está dispuesta á darle á usted su mano.

EMILIA. Y mi corazon....

JUAN. ¡Oh! me voy á volver loco.

ENRIQUE. (*Dando la mano á Juan.*) Mi mision está cumplida.... (*Aparte.*) Sé lo que me queda que hacer. (*Váse.*)

ESCENA X.

EMILIA.—JUAN.

EMILIA. (*Aparte.*) No reflexionemos, y que se cumpla el sacrificio!

JUAN. ¿Pero es cierto que me concedes tu mano, con alegría?

EMILIA. Sí: ¿qué motiva el asombro de usted?

JUAN. ¡Digo! El saber que una niña de talle delgado y piés de corza, ama á un botarate como yo. Que para mí, es lo mismo que si me dijeran, que el oso del Retiro se casaba con una señorita.

EMILIA. Pues deseche usted esa aprension, porque es cierto que yo le amo.

JUAN. (*Con alegría.*) Ah! Milia!

EMILIA. Quisiera pedirle á usted un favor....

JUAN. Qué quieres que haga?... por tí, sería yo capaz de hacer cualquier cosa! ¿Quieres que vaya á Alicante y que vuelva en el mismo dia á pié?

EMILIA. Quiero que vaya usted á anunciar nuestra próxima union á nuestros amigos y vecinos.

JUAN. No es más que eso? Cargo con mis piernas; nó, las dejo donde están... porque iré más pronto,

y me escurro como el ferro-carril. *(Sube.)*

EMILIA. No hay que perder un instante!

JUAN. ¡Oh! sí, es mucho placer verse amado de esta manera!... Pero Milia, no me engañas? ¿es cierto que sientes apego por mí?... ¡Oh! dime la verdad!

EMILIA. Le juro á usted por la memoria de mi madre, que no seré nunca de otro, sino de usted!...

JUAN. Ah! este es un golpe que me hace mucho bien!

EMILIA. Ahora dése usted prisa.

JUAN. Me largo. (*Váse.*)

ESCENA XI.

EMILIA.

EMILIA. Ah!... ya me siento fuerte... fuerte contra mi propio corazon... no debo pensar más que en él... no seré la mujer de un hombre distinguido, pero sí la de un hombre honrado, y de corazon generoso... ah! Soy muy dichosa! (*Enjuga sus lágrimas.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE.—EMILIA.

ENRIQUE. (*En traje de camino, trayendo un saco de noche. Aparte.*) Dentro de algunas horas, estaré léjos de aquí... (*Viendo á Emilia.*) Emilia! no desmayemos. (*Pone el saco sobre la mesa.*)

EMILIA. Qué es eso? ¿preparativos de viaje?

ENRIQUE. (*Con embarazo.*) Sí... voy á partir.

EMILIA. ¿Partir? ¿Adónde?

ENRIQUE. No lo sé todavía.

EMILIA. Comprendo; misterios. Juan sabe ese viaje, y no me ha dicho nada!

ENRIQUE. Nó. Lo ignora... Se lo he ocultado, porque se opondría; y ruego á usted que lo calle tambien.

EMILIA. ¿Segun eso, usted huye? ¿pero por qué?

ENRIQUE. Ese es mi secreto.

EMILIA. Yo le respeto. Pero, por si es algun capricho,

debo prevenir á Juan, á quien causará usted un cruel pesar.

ENRIQUE. No lo haga usted, por Dios. No es un capricho; es que yo no puedo permanecer aquí más tiempo.

EMILIA. ¿Pero?...

ENRIQUE. No me pregunte usted más....

EMILIA. Sí tal; hasta que me haya usted dicho ese gran secreto... las mujeres somos curiosas.

ENRIQUE. Quiere usted, pues, hacerme más desgraciado?

EMILIA. Desgraciado!... Oh! nó!... quiero únicamente saber el motivo de su partida.

ENRIQUE. Emilia, no me pregunte usted más... no tengo valor para callar y ocultar lo que debe usted ignorar siempre.

EMILIA. No comprendo! Qué es lo que debo yo ignorar siempre?

ENRIQUE. La causa de mi partida.

EMILIA. Por Dios, sea usted más esplícito.

ENRIQUE. ¿Lo quiere usted?

EMILIA. Sí; ó de lo contrario, pondré en conocimiento de Juan la marcha de usted.

ENRIQUE. Pues bien! parto, porque soy el rival de un amigo, de mi bienhechor, de un padre, á quien debo sacrificar mi felicidad... porque yo no quiero ser, ni pérfido, ni culpable... En fin, porque desde hace dos años, la amo á usted con una pasion insensata!

EMILIA. (*Con calor.*) ¿Me amaba usted? ¿me amaba usted? y lo callaba desde hace dos años.

ENRIQUE. Si, y lo juro...

EMILIA. (*Interrumpiéndole.*) ¡Oh! calle usted!... no me pertenezco ya... debo ser esposa de otro que me ama y á quien mi indiferencia mataría... y esto lo he jurado por la memoria de mi madre!

ENRIQUE. (*Aparte.*) Ah! todo concluyó!

JUAN. (*Dentro, cantando.*)

Para vivir alegre,
sano y rollizo,
comer buenas chuletas,
beber buen vino.

EMILIA. El se acerca... ni una palabra más.

ESCENA XIII.

Dichos.—Juan.

Juan. Estoy muy alegre! Vengo de publicar que me caso con mi hija adoptiva; que voy á ser yerno y suegro á la par, y abuelo de mis hijos... He invitado para mis bodas á todo el barrio. *(Contemplando á Emilia y Enrique, que se hallan separados, ocultando su turbacion.)* Pero... ¿están ustedes así todavía? ¿Por qué se ponen ustedes de hocicos? Hablen ustedes, quiero saberlo de una vez. Vamos. (*Pausa.*) ¿Saben ustedes que me han dejado sordo con la charla? ¡Por vida del chápiro verde!

Emilia. La tristeza que usted cree hallar...

Juan. Que yo creo?... Buena es esa...

Emilia. (*Vacilando.*) Es... á causa de la partida de Enrique.

Juan. ¿De la partida de Enrique? ¿Cómo es eso?

Emilia. El mismo lo dirá. (*Aparte.*) Oh! me ahogo!... vámonos de aquí. (*Váse.)*

ESCENA XIV.

Enrique.—Juan.

Juan. Que me aspen, si entiendo esto. (*A Enrique.*) Pero tú aclararás lo que me acaba de decir Milia.

Enrique. (*Aparte.*) ¡Dios mio! (*Alto.*) Es bien sencillo, que me alejo de aquí.

Juan. ¿Que te alejas? ¿pero por qué?

Enrique. Porque voy á Italia... á Roma... á Nápoles...

Juan. ¿A Nápoles? ¿Y á qué?

Enrique. A perfeccionarme en mi arte....

Juan. ¡Chambon! ¿Piensas que yo me mamo el dedo? Y el dinero para el viaje?

Enrique. Dinero! dinero! No puede uno pasarse sin él?

Juan. Hasta el presente, no se ha encontrado el medio.

ENRIQUE. Mis pinceles me bastarán para vivir.

JUAN. Hasta ahora no sabia yo que se comian pinceles.

ENRIQUE. No quise decir eso: haré retratos en el camino...

JUAN. ¿Pero tonto, piensas que me trago yo esos embustes? Algun motivo secreto tienes tú, para alejarte de ese modo.

ENRIQUE. ¡Pues bien! aun cuando fuera asi, yo no tengo necesidad de dar cuenta de mi conducta. Me parece que soy libre.

JUAN. ¡Oh!... Tienes razon. Eres libre. Lo habia olvidado. Vete.

ENRIQUE. Sí; necesito otro aire, otros mundos, la atmósfera de esta casa me ahoga.

JUAN. Gracias á Dios! ¿Y por qué no lo has dicho antes? Te he rehusado alguna cosa nunca? Acabaras de una vez. Negocio concluido; cambiaremos de habitacion. En la plaza del Progreso hay un cuarto muy bonito, alto de techo, con luz; nos iremos á él. Está en el centro de Madrid; costará más caro que este, pero no importa. Vaya, vaya; enfadarse por esa tontuna... Lo que tú quieras, siempre lo tendrás de mí.

ENRIQUE. Es... que justamente me voy, porque no quiero nada de usted.

JUAN. ¿Cómo?

ENRIQUE. Sí, puesto que me fuerza usted á decirlo, sépalo de una vez: estoy humillado por sus beneficios... y me molestan sus favores. No quiero merecerlos mas.

JUAN. ¡Qué escucho!

ENRIQUE. Estoy aquí avergonzado de vivir de su trabajo, de no bastarme á mí mismo, y si es menester confesarlo todo, su felicidad me hace mal, y el reconocimiento es una carga muy pesada para mí.

JUAN. No esperaba tal cosa de ti. Pero nó, tú te has equivocado, has dicho una cosa por otra: ¿no es cierto?

ENRIQUE. Nó, nó; digo lo que siento, lo que está escrito en el fondo de mi corazon.

JUAN. Nunca lo hubiera creido! Envidias mi felicidad? Bueno: ¡Oh! rompes nuestra amistad el dia de mi boda!

ENRIQUE. Sacudo un yugo que se me ha hecho insoportable!

JUAN. ¡Ah! un yugo que te se ha hecho insoportable? ¡Oh! estás avergonzado de vivir de mi trabajo? Es decir, que porque el señor ha presentado un cuadro en la esposicion, se ha vuelto soberbio: el artista se sonroja del humilde artesano.... ¡Oh! tú eres un hombre sin corazon, una serpiente que yo he alimentado... márchate, hijo pródigo! coje tu sombrero y huye, que no eres digno de estar á mi lado.

ENRIQUE. Voy al taller á recojer mis colores y pinceles, y parto... ya no oirá usted hablar más de mí.

JUAN. Bueno. Estoy conforme. (*Siéntase.*)

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Oh! mi corazon quiere estallar. (*Váse.*)

ESCENA XV.

JUAN.—EMILIA.

EMILIA. ¿Qué ocurre?

JUAN. Una catástrofe. (*Levantándose.*) Lo que no se ha visto desde que Cain mató á su hermano á estacazos... quién lo hubiera dicho! un muchacho que yo he recogido... que yo he criado... ¡Ah! corren unos tiempos... Ya no hay gratitud: el mundo está corrompido.

EMILIA. ¿Habla usted de Enrique?

JUAN. Sí; es un pícaro, un perdido: acabará sus dias en un patíbulo. ¿Qué se puede esperar de un ingrato? ¡Oh! marcharse sin...

EMILIA. Cálmese usted... esa partida, es, quizás, más necesaria de lo que usted piensa.

JUAN. Bueno; si yo no trato de detenerle.... Que vaya hasta la China si le agrada: allí aprenderá á pintar abanicos. Por mi parte... pues bonito soy yo... Ahora mismo le voy á preparar su viaje. (*Dirigiéndose al armario.*) Que se aleje, sí, ya no le tengo cariño. Es un malvado. Que se marche cuanto ántes.

EMILIA. ¿Dice usted que no le quiere?

JUAN. Lo aborrezco con toda mi alma!... (*Cogiendo algunos efectos del armario.*) Ten: unos calzon-

cillos blancos sin estrenar; infame! ¿Crees tú que me causa pena su partida? Nada de eso. Al contrario, me alegro. Estoy contentísimo. ¡Bribon! Toma estas medias de lana, para que se abrigue. ¡Tunante! Voy á buscar un chaleco de franela para el camino. (*Váse.*)

ESCENA XVI.

EMILIA.

EMILIA. Pobre Juan!... habla de ódio... como si pudiera odiar... No comprende que todavía le ama. Y yo... ¡oh! voy á hacerle tambien un obsequio. Al fin, voy á dejar de verle para siempre. (*Saca una bolsita.*) Esta bolsita contiene mis ahorros, poca cosa... pero servirá para ayudarle. ¡Pobre bolsa! cuánto me cuesta separarme de tí: tú me recuerdas muy dulces momentos... cuando yo te bordaba, pensando en él... eres una memoria de mi amor!... pero te aceptará? te rechazará?... Oh, nó!... eso sería demasiada crueldad; la introduciré en el saco. (*Mirando á la derecha.*) Juan vuelve... que no vea mi emocion. (*Váse.*)

ESCENA XVII.

JUAN, *con un chaleco y un tarro de dulce.*

JUAN. Esta franela debe preservale de la humedad. Me costó cara. Con ella no se constipará. Este poquito de dulce le servirá para despues del almuerzo. (*Pone todos los objetos en el saco.*) Pongamos el gorro encima del tarro. (*Tropezando en la bolsa de Emilia.*) ¿Qué es esto? (*La saca.*) ¿Una bolsa? Enrique tenia dinero? y no me decia nada. (*Cuenta.*) Oh! veinte y cinco pesetas, no es mucho para ir á Roma... yo añadiré lo que tengo. (*Saca del armario una bolsa.*) Toma, toma, desagradecido. ¿Qué es esto?... (*Al poner el contenido de la bolsa en la de Emilia, halla un papel.*) Un billete de banco? (*Lo

abre.) Nó; es una esquela... ¡farsante!... ¡Hola! *(Leyendo.)* letra de Milia, ¿qué es lo que puede decirle? *(Mete maquinalmente la bolsa en su bolsillo y lee.)* «Parta usted, es preciso para la felicidad de aquel á quien todo se lo debemos, y olvide á la que no puede, á la que no debe concederle sino su amistad!...» ¡Qué es esto! estaré soñando? Nó! es cierto... *amistad*, está casi borrada por una lágrima... ¡Ah! Comprendo perfectamente. Ahora veo claro... yo que creia que se aborrecian, cuando se sacrificaban por mí: ¡qué imbécil soy! Creia que me amaba, estaba ciego por la pasion; pero es una felicidad el haber descubierto esto!... por más que sea para mí un doloroso golpe, que acaba con mi felicidad... Oh! no importa! Ellos se aman, se sacrificaban por mí; yo me sacrificaré por ellos, aunque me cueste la vida. ¿Pero, Milia, querrá renunciar á mi mano, despues de haber jurado ser mi mujer por la memoria de su madre?.... Tal vez se obstine en cumplir su juramento.... Son tan testaturadas las mujeres!... recordará su gratitud y un monton de tonterías! ¿De qué manera obrar? Oh! Diantre!... ya lo sé. *(Yendo á cerrar el saco.)* Cerremos el saco... que no sospeche ella que he descubierto el secreto. *(Mirando por la izquierda.)* Allí está!... veremos si salgo bien de mi empresa. Juan, manos á la obra!... *(Váse.)*

ESCENA XVIII.

EMILIA.—*Despues* JUAN.

EMILIA. Juan no está ya aquí... con tal que no se haya apercibido de nada... estoy con una inquietud... si hubiera visto mi bolsa... mientras que estoy sola me aseguraré... *(Vá al saco.)* El saco está cerrado... estoy tranquila.

JUAN. *(Dentro cantando.)*

Para vivir alegre,
sano y rollizo,

comer buenas chuletas,
beber buen vino.

EMILIA. El llega.

JUAN. (*Dentro.*) Hasta verte, Jesús mio.

EMILIA. ¿Qué hace?...

JUAN. (*Dentro.*) A mi salud.

EMILIA. (*Mirando por la derecha con asombro.*) ¡Bebe!...

JUAN. (*Dentro.*) Este néctar tiene un humillo, que se sube á la cabeza... Pero, nada, no haya miedo por eso. (*Sale con una botella en cada mano.*)

Aquel que tuviere pena,
y la quisiere ahuyentar,
al punto se debe echar
un trago de cariñena. (*Bebe.*)

EMILIA. ¡Ah! qué veo, ¡desgraciado!

JUAN. Estoy como unas pascuas. (*Bebe.*)

EMILIA. Pero, Juan, está usted loco, para ponerse en semejante estado!

JUAN. ¡Ah! eres tú, Milia?... A tu salud. (*Bebe.*)

EMILIA. Déme usted eso. (*Quitándole la botella de la mano derecha. Pone la botella sobre la mesa.*)

JUAN. (*Muy achispado.*) Es igual, está vacía... para qué quiero yo botellas vacías?... (*Bebe de la otra botella.*)

EMILIA. ¿Me esplicará usted qué significa esto? Usted bebe? Le gusta á usted el vino?

JUAN. (*Dando traspiés.*) A mí? nunca!

EMILIA. Pues entonces...

JUAN. ¡Toma!... no des vueltas de esa manera, Milia... porque tambien las doy yo, y...

EMILIA. Está embriagado! (*Con impaciencia.*) Vamos, hable usted?

JUAN. Mira; es que estoy celebrando nuestras bodas!...

EMILIA. Y yo que creia que solo bebia agua!

JUAN. ¡Agua! ¡agua! vino!... vino hasta la muerte.... (*Bebe.*)

EMILIA. (*Aparte, arrancándole la botella, que pone sobre la mesa.*) No puede tenerse en pié. (*Alto.*) Con que ocultaba usted ese vicio?

JUAN. Já, já, já! mientras uno enamora á una muchacha, se guarda los vicios en el bolsillo; pero así que vá á ser suya, se sacan... já, já, já. Estoy

bien, muy bien. ¡Viva el vino! Tú eres mi mujer...

EMILIA. ¡Oh! todavia nó!

JUAN. ¿Emh? lo has jurado, y no te volverás atrás.

EMILIA. Sí; pero aun queda una formalidad que cumplir.

JUAN. Se cumplirá.

EMILIA. Nó! es preciso que ántes se corrija usted de ese vicio que acabo de sorprender....

JUAN. Señora tornera... siento ganas de empinar!... Puedes traerme dos botellas más de cariñena.

EMILIA. No seré yo la que alimente ese vicio abominable.

JUAN. Vé, en seguida: y pídelas al Pelao de mi parte.

EMILIA. De ninguna manera.

JUAN. (*Rompiendo una silla.*) ¡Bueno! trabajo para el sillero.

EMILIA. Pero esto es horrible!

JUAN. Ea, vé por vino: tres botellas, ó de lo contrario, rompo todos los muebles.

EMILIA. Repito á usted que no voy.

JUAN. (*Rompe los platos que coje de la mesa.*) Mira, ganancia para el cacharrero.

EMILIA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡De qué modo se encuentra!

JUAN. ¿No quieres ir por vino? (*Quiere salir.*) Iré yo mismo.

EMILIA. (*Deteniéndole.*) No irá usted.... me opongo á ello!

JUAN. ¡Bueno! bueno! tú eres el hombre, y yo llevo el refajo. ¡Bueno! (*Haciendo cortesías.*) Señor Juan el tornero, me permite usted que vaya por vino?

EMILIA. No saldrá usted; digo... (*Yendo á ponerse delante de la puerta del fondo.*)

JUAN. (*Amenazándola.*) Querida esposa de mi corazon, tú tienes deseos de probar mis puños... y como son fuertes, perderás alguna costilla.

EMILIA. ¡Dios mio! ¿Se atrevería usted á tocarme?

JUAN. ¡Eh! al demonio! (*Le arroja una silla.*)

EMILIA. ¡Ah! (*Lanzando un grito.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—ENRIQUE *con una caja de colores.*

ENRIQUE. (*Asombrado, dejando caer la caja.*) ¡Cielos!
JUAN. (*Aparte.*) ¡Ah!... Cuánto sufro!
ENRIQUE. ¿Qué ha hecho usted? Juan, que era la bondad personificada, levantando la mano á su protegida, á la que debe ser su esposa!
JUAN. (*Conmovido.*) Tienes razon... ha sido el vino....
ENRIQUE. ¡El vino!
JUAN. Este vicio vergonzoso... que he querido cortar algunas veces, pero que es más fuerte que mi voluntad.
ENRIQUE. Es imposible! Nosotros no le hemos visto nunca beber.
JUAN. Lo ocultaba... Aparentaba beber solo agua delante de ustedes, pero el vicio existía... y nunca podré corregirme de él... Conozco que soy un perdido, que para nada sirvo... podeis despreciarme. (*Emilia se levanta.*)
ENRIQUE. ¡Despreciarle á usted?... nó, Juan, eso nó! De ese vicio, aunque feo, se corregirá usted, siquiera por el amor de Emilia... en cuyos ojos leo el perdon.
JUAN. Nó! yo soy indigno!...
ENRIQUE. Que ántes de partir... de abandonarle para siempre tal vez, los vea reconciliados y dichosos... (*Juntando las manos de ambos.*)
JUAN. ¡Cómo!... serias tan buena, Milia, que...
EMILIA. Yo no puedo guardar rencores contra mi bienhechor... todo lo he olvidado... Estoy pronta á cumplir mi juramento; seré su mujer!...
JUAN. (*Aparte.*) ¡Qué criatura, buen Dios! (*Alto.*) Milia, yo te relevo de tu promesa. Conozco que sería un crímen unirme á tí.
EMILIA. He jurado por la memoria de mi madre....
JUAN. No importa, eres libre. Yo no puedo creer en el perdon, si no haces alguna cosa por tu padre adoptivo.
EMILIA. Lo que yo pueda...

JUAN. Es cosa posible. No se trata sino de matrimonio... con un jóven amable....

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¿Qué dice?

EMILIA. (*Asombrada.*) ¿Un jóven?

JUAN. Sí, un jóven guapo... inteligente....

EMILIA. ¿Cómo?

JUAN. Que he hallado para tí, que te ama, y que ambos pueden ser el consuelo de mi vejez.

EMILIA. No comprendo....

JUAN. Tu mano... (*La toma.*) la tuya... (*A Enrique.*)

ENRIQUE. } ¡Cielos! (*Muy conmovidos.*)
EMILIA. }

JUAN. Vuestro padre os desea todas las prosperidades posibles!... (*A Enrique.*) Ven á mis brazos, hijo mio... (*A Emilia.*) Ven tú tambien, hija de mi alma. (*Los abraza.*)

EMILIA. ¡Oh! cuánta abnegacion!

ENRIQUE. ¿Sacrifica usted su felicidad!...

JUAN. Siendo ustedes dichosos, yo lo seré. (*Se sienta.*) ¡Oh! cuánto me cuesta renunciar á ella!

ENRIQUE. ¿Está usted malo?

EMILIA. ¿Esa palidez?... ¡Ah! Qué lástima!

JUAN. Qué? crees que es el vino? Mira! (*Echando en un vaso el líquido que contiene una botella.*)

ENRIQUE. ¡Es agua!

EMILIA. ¡Agua!

JUAN. Sí, nunca he bebido otra cosa.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Ah! jamás olvidaré este rasgo de nobleza y abnegacion.

JUAN. ¡Eh! hijos mios! alegría. Yo soy feliz en veros dichosos; cuanto antes se celebrará el matrimonio y solo habrá de diferencia... un nombre.

ENRIQUE. ¡Ah!

JUAN. ¿Vosotros seguireis á mi lado?

EMILIA. ¡Oh! sí.

JUAN.
Enrique, querida Emilia,
yo no me caso, está bien;
mas ¿quién no es dichoso, quién?
cuando tiene una familia.

FIN.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas insulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo delperegil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
¡Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidió de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.

